

MI afición a la música, viene desde muy crío. Por haber adquirido un instrumento musical a una hermana mayor que tendría ella unos catorce o quince años, como parece que se llevaba eso entonces en casas de clase media baja —que la chica estudiara piano— yo me aficioné a tocar de oído, cosa contraindicada para los que luego estudiaran música, pues mi afición acabó en el Conservatorio con D. José Agüera, D. Manuel Massotti Escuder, D. Ángel Larroca y D^a. Anita Puig. No es que me agrade demasiado escribir en primera persona del singular, pero lo hacen los académicos, y yo me permitiré decir algo de lo vivido por mí, siempre que tenga alguna relación con las costumbres que se van perdiendo o se han perdido.

Me enrolé en una pandilla de músicos con buena oreja, o sea, una rondalla compuesta por cuatro o cinco guitarras, tres o cuatro laudes, otras tantas bandurrias, un par de violines que son los que más desentonan si no han estudiado violín, una pandereta, un triángulo —a esto, le llamábamos los «hierros»— una castañeta o castañuela, según la zona de la región como dice muy bien Melgares Guerrero, y aunque los componentes de la rondalla eran muy maduros adultos, yo siempre el más joven —de aquella época se entiende— no dejaba de ser eso de que en el «país de los ciegos, el que tiene un ojo es el rey». Por la calle, yo tocaba un laud, en la iglesia en las misas de gozo que comenzábamos todos los años el día 13 de diciembre, Santa Lucía, le metía mano al armonio, pero adaptándome a las piezas musicales que la rondalla sabía. Hay que reconocer que estos compañeros ponían extremada atención al ritmo o medida de

los tiempos y bastante a la entonación, parecían verdaderos profesionales, especialmente cuando llevábamos un par de «correntales». Las misas de gozo las interpretamos en San Roque y en San Pedro, un año alterno en cada iglesia. La gente nutría bien los espacios del templo que fuera, porque en las misas rezadas de menos de media hora, la música a esas horas de la mañana, cae tan bien que merece la pena el madrugón a cambio de lo bien que lo pasaba la gente, esperando después de la misa, las coplas de Matías Maya, trovero y cantor aguilandero, que algunas veces se «pasaba» en la letra con serias advertencias del párroco, pero aceptando la gracia y la intención de sus coplillas que cada día, la gente esperaba salir de su garganta, que con razón era la más importante voz que por entonces tenía la cuadrilla de los Auroros. Se metía con moderación y sin ofensas con todo el mundo, y luego la última estrofa de sus coplas era la primera del estribillo «y vamos con alegría, viva San José y el Niño, viva la Virgen María» o alguna otra vez eso de «y vamos con alegría, viva la bota y el vino, y la mata que lo cría».

La verdad, es que el «sainete» se formaba en la puerta de la iglesia entre los grupos de la gente comentando las coplas de Matías Maya, entre los mantecados, cordiales y «tortas de recaó» que la gente llevaba, además de una botella de anís y otra de coñac «matarratas» que ni la Caballé ni Plácido Domingo podrían ni siquiera oler. Los de la rondalla estábamos bastante mimados y agasajados por la gente. Yo podría certificar que las misas de gozo de hoy, se pueden medir por la asistencia de fieles que es escasa y solo para nostálgicos o amantes del folclore.

Puedo referir una anécdota de un componente de nuestra rondalla, que había roto con su novia en Javalí Nuevo. Entramos formados a las doce de la noche en vísperas de una Pascua lejana, como unos 24 ó 26 componentes de la rondalla. Aquella noche se nos unieron como dos rondallas más. Recuerdo que me eligieron para ir delante en el pasacalles desde el comienzo de la calle Real, hasta el final de ella. En el silencio de la noche fría de diciembre, tronaban los instrumentos de todas clases de percusión (incluso zambombas) de arco y púa. A medida que avanzábamos con paso ordinario y corto,

aparecían las mujeres y los varones en paños menores en sus puertas y ventanas, como algo novedoso e inesperado. Y todo porque nuestro compañero ex novio, quiso «darle en la cara» supongo a la que fue su novia. Más tarde, nuestro amigo se casó con otra mujer del mismo pueblo. Nosotros gozábamos con nuestras músicas que siempre nos íbamos a otra parte. Y en los bailes, los músicos se turnaban para bailar y tocar. De ahí me viene a mí, el que no sé bailar si no es haciendo el «Cantinflas».

Diego Riquelme